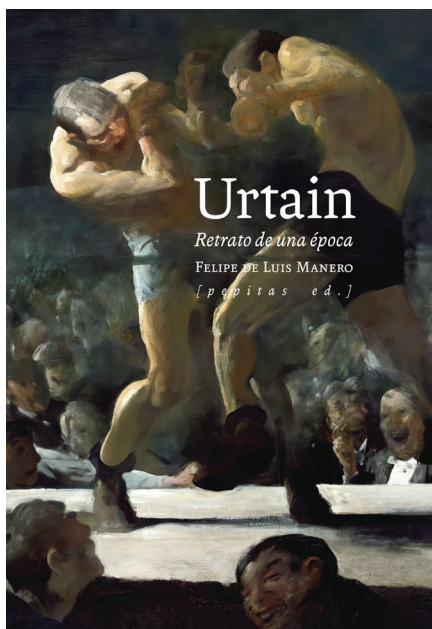


# pepitas



COLECCIÓN: VIDAS

Rústica con solapas  
232 pp. · 14,5 x 21 cm

Precio sin iva: 20,67 € ·  
PVP: 21,50 €  
ISBN: 978-84-18998-65-2

En librerías el  
17 de enero de 2024



9 788418 998652

---

*Además de la biografía de Urtain,  
este libro es el retrato de un país.  
Y de sus juguetes rotos.*

---

## Urtain

*Retrato de una época*

**FELIPE DE LUIS MANERO**

En *Urtain*, Felipe de Luis Manero ha recreado la vida y la muerte de aquel boxeador que fue un auténtico «ídolo de masas» en los años finales de la dictadura; un *héroe popular* en el que la gente del común depositó la esperanza de, por una vez, ganar *algo*. Y, más allá de contarnos la historia trágica del inesperado camino de Urtain a las alturas, de sus peripecias —con sus claroscuros— y de su posterior e irremediable caída en desgracia, el autor ha trazado con este libro un sugerente retrato de la España tardofranquista.

[...] El objetivo siempre fue contar una historia real —la historia de Urtain— y eso es lo que he hecho. La gran base de esta narración, pues, son las entrevistas, los libros, la documentación de la época. Aunque también existen algunos fragmentos que, a partir de la realidad, han sido recreados con mayor libertad.

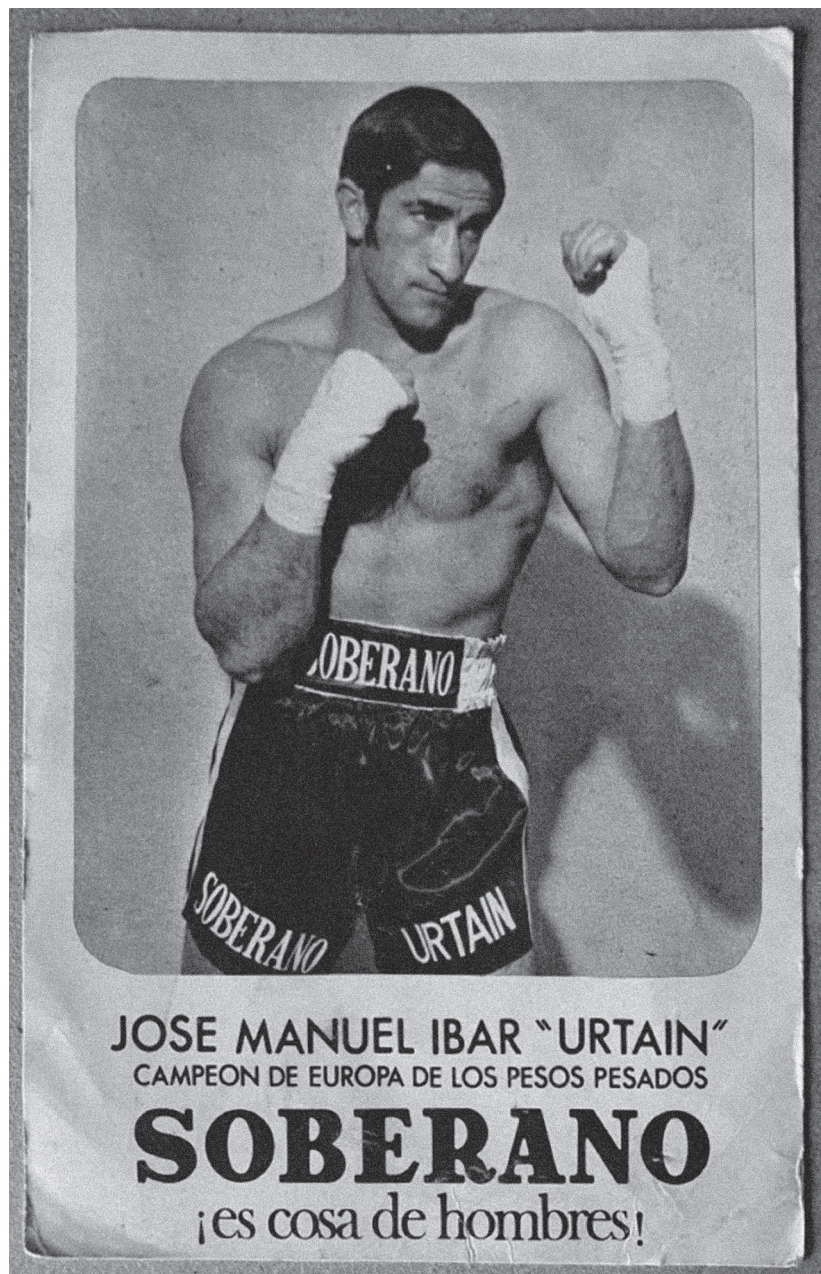
Lo que siempre ha permanecido ahí ha sido ese poso de fatalidad del que hablaba antes. Incluso los momentos más delirantes, varios de ellos protagonizados por personajes secundarios (los que rodeaban a Urtain), han dejado en el que escribe un regusto amargo.

Supongo que es lo que sucede al descubrir que los héroes también son de carne y hueso, y los golpes les hacen daño, y la derrota los persigue, y la vida los abrumba. Supongo que da bastante miedo descubrir que los héroes también pierden. [...]

FELIPE DE LUIS MANERO (Madrid, 1984) se ha dedicado durante quince años, fundamentalmente, al periodismo deportivo y a la radio en medios como Cope, Radio 4G, Gol Tv, *Panenka* o *Ctxt*. Desde 2021, ha explorado otros registros: se ocupó de la investigación y el guion del podcast *Prestige* en Sonora; trabaja como guionista en el programa *Anatomía de...*, de Producciones Del Barrio; y participa además en varios proyectos documentales.

Con *Sito presidente* (Pepitas, 2020), su primer libro, ganó la beca Café Bretón & Bodegas Olarra.

## Sobre el libro y sobre Urtain



Hay una extraña fatalidad presente en todo cuanto rodea a Urtain. No es un torbellino, más bien es un soplo constante de viento del que nunca eres consciente del todo, una tristeza fina que se introduce en tu piel sin que apenas te des cuenta. Esos granitos de melancolía estaban en el aire aquella mañana de Nochebuena en la que empecé a investigar sobre Urtain, aunque yo en ese momento no les presté demasiada atención.

Estaba a punto de amanecer en Madrid y el cielo estaba oscuro y quieto, envuelto en ese silencio mágico que antecede la llegada de la claridad. Empecé por el final y quise conocer el lugar donde murió Urtain. Fue un conserje joven —que no trabajaba allí cuando ocurrió todo— el que me indicó, más o menos, el espacio de suelo que recibió el salvaje impacto del cuerpo de José Manuel. Ahí debió de caer, me decía el conserje, y yo miraba absorto hacia esas pocas baldosas empedradas, preguntándome si de verdad el cuerpo se había estrellado únicamente contra ese suelo gris y duro, el hostil cemento de la ciudad, solo preparado para resistir, ese suelo que quizá no ardía todavía en esa mañana de julio.

Esas baldosas representaban un espacio estrecho, lo justo para el caminar

de las personas. A su lado se extendía una especie de jardincito más amplio. Habían pasado casi treinta años, por lo que es probable que ese lugar hubiera cambiado a lo largo del tiempo, pero a mí me obsesionaba que el cuerpo de Urtain hubiera caído directamente sobre el cemento y no hubiese tocado siquiera la hierba. Me parecía cruel y violento que ese hombre solo encontrase la piedra después de saltar al abismo.

Después de contemplar durante un rato el lugar de la tragedia, me acerqué al bar Ibias. Intenté charlar con el dueño mientras este colocaba las mesas de la terraza. Contestaba a mis preguntas con una mezcla de hastío y resignación que hacía casi imposible que la conversación fluyera. Me dijo de modo lacónico que ese 21 de julio él pudo ver al viejo boxeador yacer muerto en el suelo, a tan solo unos metros del bar. Lo vio él y lo vieron muchos de los vecinos del barrio. Su expresión era tenebrosa mientras me lo contaba, como si de alguna manera me quisiera decir que presenciar aquello había provocado la aparición de un pozo oscuro en el pecho de toda esa gente. Ellos no se habían despedido de su amigo en el tanatorio ni en el cementerio: ellos le habían dicho adiós ahí, en plena calle, la cabeza del muerto apoyada en el bordillo, sus ojos recién cerrados, la sangre seca debajo de la nariz, la piel lívida, los dedos yertos. Algo cambió en ese barrio el día que uno de los suyos decidió largarse de aquella manera, con el descarnado desenlace a la vista de todos.

Esa misma mañana estuve en el cementerio. No lo había planeado con ninguna intención especial, simplemente trataba de aprovechar el tiempo. Iba a pasar pocos días en la capital —en ese



momento no estaba viviendo en Madrid— y hacía mucho que no visitaba la sepultura familiar. Recuerdo escuchar el murmullo de los árboles, como hacía siempre, ese sonido singular que hace el viento al chocar con las ramas de aquellos inmensos árboles, un ruido que viene de muy arriba pero que parece que se cuele en las tumbas, en los nichos, en la misma tierra. Y me pregunté, de pronto, si todos esos muertos estaban de verdad ahí, esperando con paciencia que los que seguíamos de este lado fuéramos a verlos, que les contásemos cómo seguían las cosas en esta mitad del mundo, que fingiéramos por unos minutos que seguían estando aquí, que nunca se habían ido.

Y entonces, con esa urgencia enfermiza propia del escritor impaciente, visualicé el final de este libro: si comenzaba la historia en aquel cementerio de Madrid, lo ideal sería terminarla en el camposanto donde reposasen los restos de Urtain. Me pareció una fantástica idea: ya tenía principio y ya tenía final, solo me faltaba completar lo de en medio.

Los meses siguientes me adentré de lleno en la vida de Urtain y me olvidé un poco de su muerte. Daba por hecho que tendría mi escena final deseada junto a la lápida del viejo boxeador. Así que lo dejé estar. Pero las cosas rara vez son como uno las imagina. Fue Antxoni, la hermana de Urtain, la que me sacó de mi ensoñación: no tenía sentido que fuese al cementerio de Arrona porque allí no iba a encontrar lo que buscaba. La tumba de Urtain había desaparecido, simplemente ya no estaba ahí. Antxoni me lo explicó de una manera vaga y yo no quise escarbar más. Entendí que sus hermanos no se habían puesto de acuerdo y la tumba de Urtain no se había renovado. En mi entorno hubo un caso parecido y recuerdo que me impresionó mucho: pensaba que despojar a un muerto de su hogar —ese lugar físico donde todos creíamos que seguían sus huesos— era como dejar su alma vagando en la nada, errática criatura condenada a caminar sin descanso en la oscuridad.

El caso es que mi final soñado se fue al garete. Y en este caso si no había final tampoco había principio, así que el libro resultó ser algo distinto a lo que yo había imaginado aquella mañana de Nochebuena. Aunque la esencia se mantuvo. El objetivo siempre fue contar una historia real —la historia de Urtain— y eso es lo que he hecho. La gran base de esta narración, pues, son las entrevistas, los libros, la documentación de la época. Aunque también existen algunos fragmentos que, a partir de la realidad, han sido recreados con mayor libertad.

Lo que siempre ha permanecido ahí ha sido ese poso de fatalidad del que hablaba antes. Incluso los momentos más delirantes, varios de ellos protagonizados por personajes secundarios (los que rodeaban a Urtain), han dejado en el que escribe un regusto amargo.

Supongo que es lo que sucede al descubrir que los héroes también son de carne y hueso, y los golpes les hacen daño, y la derrota los persigue, y la vida los abrumba. Supongo que da bastante miedo descubrir que los héroes también pierden.

## Extractos

En ese ascenso existe un componente emocional. A principios de los setenta, España carga en sus hombros con treinta pesados años de dictadura. La gente está cansada del gris y lo único que quiere es color. Hay un sentimiento de vergüenza impregnado en la sociedad que, de alguna manera, atenaza a las personas. Más allá de ideas políticas, la gente está un poco harta de no tener motivos de orgullo de cara al exterior. ¿Tan malo es ser español? La tribu necesita un líder, pero no un militar ni un político, sino alguien de la calle, una persona normal y corriente. Y entonces aparece Urtain: un tío sencillo y cercano, de pueblo, que por no saber no sabe ni boxear, un tipo imperfecto que se va de juerga y es infiel, sí, pero que cuando sube al *ring* es capaz de vencer a cualquier extranjero. Y siempre gana porque es fuerte, muy fuerte, el más fuerte de todos, algo así como Obélix, el héroe bonachón y despreocupado al que nadie puede derribar.

Y la gente se siente muy cerca de ese luchador. Porque es eso, un luchador normal, como tú y como yo, que peleamos por sacar a la familia adelante y por llegar a fin de mes sin excesivos apuros esposados a un trabajo que nos repugna. Y a Urtain tampoco le gusta boxear, no le gusta un pelo que le zurren, pero lo hace por su familia, por su gente, y en el fondo también por todos nosotros, para que podamos tener una alegría de vez en cuando en esta vida de mierda que nos ha tocado vivir.

\*\*\*\*

«Sobre la marcha pude confirmar que el boxeador es un ser explotado y, lo que es peor, indefenso. Carece de la preparación que se necesita para defender unos intereses; es un producto con el que comercian y trafican los empresarios. Muchas veces me he preguntado qué sería de esos pobres negros que vagan de *ring* en *ring* por el mundo: solo se les exige que sean puntuales, que estén a la hora convenida en la puerta del local en que se celebre la velada, y que tarden un poco en caerse. Luego desaparecen, y nadie vuelve a saber más de ellos. En Nueva York conocí a muchos pobres chicos que iban de gimnasio en gimnasio, por si alguien quería utilizarlos como *sparrings*. Cobraban a dólar el asalto. La historia siempre era la misma: el boxeador importante se liaba a golpes con ellos hasta que los ponía en el suelo. Después, alguien les echaba un cubo de agua por la cabeza para que despertasen. Supongo que a continuación se irían al siguiente gimnasio para ganarse unos dólares más. El boxeador es un producto que se exprime y se tira».

\*\*\*\*\*

Estaría bien congelar a nuestros héroes en el momento más álgido de sus carreras, petrificarlos justo en el instante en el que todo es gloria, orgullo y honor. Que jamás comiencen a descender la escalera del triunfo, que se queden por siempre en lo más alto. Eso es lo que piensa Alfredo Relaño —ahora pujante periodista de *El País*, antaño el chaval que vibraba con los combates del *morrosko*, el mismo que apareció en este relato corriendo para ver en un bar su combate ante Weiland— cuando lo ve aparecer en el *ring*, pesado y desorientado. Algo parecido debe de pensar Raúl Cancio, ese fotógrafo que hace muchos años inmortalizó, acompañado por el intrépido reportero José María García, los orígenes de aquel levantador de piedras que llegó a conquistar un país.